

LOS TÍTULOS DE DIOS

— no restringido a —

UN IDIOMA



AUGUSTO CESAR

Los Títulos De Dios No Están Restringido A Un Lenguaje

Pregunta:

¿No es un hecho que los traductores de la Biblia cambiaron los nombres hebreos originales del Creador (*Elohim, Jehová, El, Elahh, Elowahh, Betel* y *Tsur*) por los nombres de Baal (Dios, Señor, etc.)? Y si los nombres del Creador son realmente *Elohim, Yahovah* y otros, y si Dios, Señor, etc., son los nombres de los dioses paganos, ¿por qué, entonces, Le llamamos por estos últimos?

Respuesta:

En aras de una comprensión correcta y coherente al referirnos a las palabras en cuestión, llamamos la atención del lector sobre el hecho evidente de que las diversas palabras Hebreas denominadas por el autor de la pregunta como "los nombres originales del Creador", siendo todas ellas designativas de algún aspecto o atributo de la naturaleza o carácter Divino, no son por tanto nombres, sino *títulos* del Creador. Sólo el nombre de *Jehová* parece ser Su Nombre Propio; por lo tanto, lo trataremos aquí por separado de los títulos.

Para encontrar la verdad de esta doble e importante cuestión, nos remontamos, no sólo al comienzo de la nación hebrea, sino al comienzo mismo de todas las naciones; es decir, a

La Raíz del Asunto.

Encontramos que cuando Dios creó a la humanidad, y originó el culto religioso, Él declaró a Sus seres creados Sus títulos, en el lenguaje del Edén. Más tarde, al entrar el pecado, y al multiplicarse el pueblo y aumentar la maldad, y como ésta continuó incluso después del diluvio, la ira de Dios contra ellos por haber construido la Torre de Babel le hizo confundir "la lengua de toda la tierra", y crear a partir de ella las lenguas de las naciones. En aquel tiempo, los títulos originales de Dios fueron dados a los pueblos en sus respectivas lenguas; porque los títulos de Dios, en una lengua extraña al entendimiento de las naciones, no habrían tenido significado para ellas.

Como sus pecados causaron un ensanchamiento aún mayor del abismo entre Dios y el pueblo, ellos, en protesta, para satisfacer el deseo de sus corazones por un Dios visible, se hicieron

Ídolos, Nombrados Con Los Títulos Divinos.

En lugar de dar a los ídolos nombres originados específicamente para ellos, los fabricantes los honraron con los títulos Divinos para hacer parecer que los ídolos eran las figuras de Dios, una invención que es concluyentemente confirmada por evidencias tan manifiestas como que la palabra, *Elah*, un título Hebreo de la Deidad, es usado por los Turcos para el nombre de su dios; que la palabra, *Tsur*, otro título Hebreo de la

Deidad, es usada por los pueblos Ruso-Eslavos como título de sus reyes; y que "*Elohim* se usa en muchos casos de los dioses de los paganos, que incluían en el mismo título al Dios de los Hebreos, y denotaba generalmente a la Deidad cuando se hablaba (*sic*) de un ser sobrenatural." - *Diccionario de la Biblia*, Smith, definición "Jehová".

A partir de estas evidencias, vemos claramente que los nombres de los ídolos no son, de hecho, los nombres de los ídolos en sí, sino los títulos de Dios. Por lo tanto, limitarnos a dirigirnos a Él en un solo idioma -el Hebreo- sólo porque Sus títulos en otras lenguas se usaron una vez en honor de los ídolos, obliga a la conclusión de que ¡los dioses-ídolos de los paganos han derrotado a Dios el Creador robándole Sus títulos! ¡Qué pensamiento tan desagradable!

Por lo tanto, si debemos atribuir más sacralidad a las letras que expresan la Deidad en un idioma más que en otro, debe ser

Sólo En La Lengua Del Edén,
O En Todas Por Igual.

Si desde el principio hasta hoy "toda la tierra hablara una sola lengua" (Gn. 11:1), y si nunca hubiera amanecido el día en que "el SEÑOR confundió la lengua de toda la tierra" (Gn. 11 :9), entonces sólo podrían los adoradores de Dios dirigirse a Él en la lengua del Edén. Pero en vista del hecho de que desde esa hora hasta ahora, la diversidad y confusión de lenguas ha

sido la suerte lingüística de la raza humana, el SEÑOR nunca ha restringido Su palabra a un solo medio universal de expresión, sino que más bien la ha acomodado a todos "los pueblos y multitudes y naciones y lenguas" de la tierra, dando así razón de

Los Diferentes Títulos De La Deidad.

Los Judíos llamaron al Cristo esperado, Mesías, pero nosotros que hablamos en Inglés lo llamamos el *Ungido*, porque en nuestro idioma eso es lo que la palabra, Mesías, significa. El título Ungido no tiene sentido para un hebreo, como tampoco lo tiene el título Mesías para un inglés, a menos que el inglés y el judío hablen inglés y hebreo, o que las palabras les sean interpretadas en sus respectivas lenguas. Lo mismo ocurre con las palabras *Elohim* y Dios, equivalentes en sus respectivas lenguas. Las multitudes de personas comunes que sólo hablan inglés no pueden dirigirse inteligentemente al Creador con una palabra ajena al idioma inglés. Por ejemplo, cuando hablamos de Aquel Que creó todas las cosas, necesariamente debemos llamarlo por la palabra Inglesa, Creador, en vez de por la palabra Eslava, *Sutvaritel*, o por la palabra Griega, *Plasten*. Así, como es correcto en español decir Creador o Padre, cuando nos dirigimos a Aquel que creó todas las cosas, entonces, para ser consistentes, también debe ser correcto en español llamarlo Dios, en lugar de llamarlo por el título Judío, *Elohim*.

Para el Judío, las palabras, *Elohim*, *Elowahh*,

Elahh, y *El* significan Poderoso, Creador, lo mismo que la palabra, Dios, en acepción común, significa para los Anglosajones; la palabra, *Otheos*, para los Griegos; la palabra, *Bog*, para los Eslavos; *Gott*, para los Alemanes; *Gud*, para los Escandinavos; *Dios*, para los Españoles, y *Alá*, para los Turcos.

Por lo tanto, las palabras Elohim y sus variantes Dios, *Theos*, *Bog*, *Gott*, *Gud*, *Dios*, *Alá*, *Señor*, etc., son, vagamente, homólogas en sus respectivos idiomas, siendo el significado general de todas ellas, en un sentido amplio, el mismo que el del nombre inglés señor, que es un título de respeto dado a un marido, a un noble, a un propietario, a un dueño, o a un cierto personaje oficial.

Es a partir de esta aceptación común de las palabras que tanto Dios como el SEÑOR se aplican a la Deidad, y no más desde un punto de vista del nombre propio que con la palabra, Padre.

Esto se ilustra adecuadamente por el "montaje" de primera página de Augusto César. Este gran gobernante Romano tenía como uno de sus títulos exaltados, el término "Máximo Pontífice", porque él era adorado, en el sistema Pagano, como su Dios visible en la tierra. Más tarde este título fue asumido por el Papa de Roma. Así fue hecho con los títulos de Dios por los adoradores de Baal.

Además, la estatua de Augusto no es el propio Augusto. Es sólo un ídolo suyo, adorado por los hombres cuando ya no podían contemplar su presencia viva.

Así que esta posibilidad de que los títulos reales exclusivos, e incluso sagrados, sean utilizados por personas envidiosas o aplicados a imágenes, es una práctica que desgraciadamente siempre ha existido, y no hay nada que se pueda hacer al respecto mientras los hombres sigan violando el mandamiento que dice:

"No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra: No te inclinarás a ellas ni las servirás, porque yo, el SEÑOR tu Dios, Soy un Dios celoso." Ex. 20:4.

Todos los términos genéricos, en las diversas lenguas, son designativos de lo que Dios es, más que de Quién es Él; en otras palabras, estos términos son los títulos de Su naturaleza y carácter, más que de Su identidad. Por lo tanto, si no se tradujeran a las lenguas de las naciones, carecerían de sentido para la gente.

De las evidencias combinadas de las Escrituras, la historia, la filología y la lógica, vemos claramente que las palabras Dios, el SEÑOR, etc., no eran originalmente, ni nunca exclusivamente, los nombres de Baal, o de cualquier otro ídolo. En consecuencia, no hay

Nada Malo Con Los Títulos De Dios En Cualquier Idioma.

Obviamente, entonces, aunque los paganos usaban el término, dios, cuando se dirigían a sus ídolos, como algunos usan el título, padre, para una

persona que no es su padre, sin embargo, al hacerlo, no hicieron a ningún ídolo Dios, como tampoco hicieron de los títulos del verdadero Dios, los títulos de los ídolos; no más, de hecho, que aquellos que hacen mal uso de la palabra, padre, la contaminan tanto que ahora necesitamos llamar a nuestro padre terrenal por algún otro título.

Y si todavía se protesta que estos diferentes títulos de la Deidad son profanos porque las naciones adoradoras de ídolos los usaron, entonces por la misma lógica, se debe protestar también que sus equivalentes judíos sean aún más profanos, debido a la idolatría más vergonzosa y reprensible de los judíos, quienes se burlaban de estos títulos del Dios verdadero, mientras iban tras dioses extraños y mataban a Sus profetas, sin siquiera perdonar a Su Hijo unigénito.

El mismo hecho de que, cuando los paganos aceptaron el Cristianismo, el Espíritu de la Verdad "elevó al sentido Cristiano" esos títulos mal usados de la Deidad, demostró con ello que Dios no creó nada en vano, y que no hay otros dioses delante de Él. Ahora, pues, esos títulos, en vez de convertirse en anatema para nosotros, deberían tener mejor consideración que antes, como la tuvo el Pródigo después de su regreso a la casa paterna.

El apóstol lo reconoció, y por eso no puso ninguna objeción cuando los discípulos de Antioquía se llamaron a sí mismos por el SEÑOR en su lengua materna, Cristianos (Hechos 11:26).

Además, el hecho de que el apóstol Pablo bajo la Inspiración anunciara a Dios a los paganos, no en los términos (Jehová, Elohim, et al.) de su inteligencia y fe informada, sino en los términos (El Dios Desconocido) de su ignorancia y fe desinformada, demuestra que Dios aceptaba formas de dirigirse a Sí mismo distintas de los nombres Judíos.

En este punto, como en todos los demás, estamos con los apóstoles y los profetas. Y así como los apóstoles fueron hallados dignos de tener sus nombres escritos en los cimientos de la Ciudad Santa (Apocalipsis 21:14), de la misma manera seremos hallados dignos de entrar por las puertas perladas (Apocalipsis 21:21), si también nosotros nos abstenemos de

Usar Irreverentemente el Nombre Propio del SEÑOR.

Si el nombre propio de Dios es Jehová, ¿nos atrevemos nosotros, Sus seres creados, a ser tan irrespetuosamente familiares como para dirigirnos a Él por Su Nombre Propio, en lugar de por uno de Sus títulos, Dios, Señor, Padre, Creador, Salvador, etc., cuando no se nos ocurriría permitirnos la familiaridad menos irrespetuosa de dirigirnos a nuestros padres terrenales por sus nombres de pila -Juan, Jorge, Bill, Dorothy, Ruth, María, etc.- en lugar de sus títulos paternos Padre y Madre? Tal irreverencia practicada por los paganos podría ser excusable debido a su ignorancia, pero practicada por Cristianos ilustrados,

es inexcusable. Podemos usar con reverencia la palabra Jehová sólo si un pagano nos preguntara: ¿Quién es vuestro Dios? Entonces podríamos responder con solemne propiedad Jehová, el único Dios vivo y verdadero. Pero nunca, cuando nos dirigimos a Dios, podemos usar reverentemente Su Nombre Propio.

Así como los judíos temerosos de Dios "consideraban el Nombre Divino demasiado sagrado para ser pronunciado", lo mismo deberían hacer hoy los cristianos ilustrados.

Sin embargo, el más antiguo y sagrado nombre hebreo de Dios no sólo nunca se pronunció comúnmente, sino que incluso se deletreó de tal manera, en una forma abreviada, que no podía pronunciarse; tanto es así, que se desconoce la pronunciación original. Todo lo que sabemos con certeza es la

Forma Consonante, Yhwh, Yvh,
o Yhv.

Esta forma abreviada del nombre dificultó a los traductores la tarea de deletrear una palabra pronunciable. Por ello, optaron por añadir lo que creían que eran las vocales que faltaban. El primer término silábico sobre el que hubo acuerdo general fue Jah. Diferentes traductores aportaron otros derivados. Yahweh, Yahowah o Yahovah fueron formulados para adaptarse a ciertos idiomas. El anglicismo se convirtió en Jehová. Por lo tanto, todas las letras improvisadas que componen el Nombre inefable pueden no ser en realidad la

palabra hebrea después de todo. (Véase Funk and Wagnall's Standard Dictionary, definición "Jehová").

Si la teoría del nombre original hubiera resultado correcta, no hay en el camino

Nada para Impedir el Cambio.

Como queremos, más que cualquier otra cosa, tener razón en todas las cosas, si fuera pecado dirigirnos a la Deidad en otro idioma que no fuera el hebreo, cambiaríamos inmediatamente y sin vacilar nuestro modo verbal de dirigirnos a Él.

Pero tal como está ahora el asunto, no sólo somos incapaces de compartir ningún entusiasmo respecto a tal teoría del nombre original, y de concederle nada de la verdad y el valor que algunos nos harían creer que supone, sino que también estamos más persuadidos que nunca de no dirigirnos al SEÑOR por Su nombre propio. De hecho, cada cristiano despierto que sinceramente sirve al SEÑOR, debe ver claramente que conformarse con tal teoría, es hacer que los santos insulten a su Creador al dirigirse a Él por Su Nombre Propio en lugar de por Su título, y también sufrir los resultados nefastos de convertirse en entusiastas de una teoría tan atractiva que virtualmente excluye aquellas verdades vitales para su salvación. Por lo tanto

Admitamos:

Estos hechos invalidan para siempre el movimiento que ahora está en marcha para descartar del uso cristiano, los títulos, Dios, el SEÑOR,

Cristo, etc.; pues renunciar a dirigirse a la Deidad por los títulos que Él ha originado en las diversas lenguas, ¡significaría la derrota de Dios y la victoria de los ídolos! Tales movimientos equivocados deberían ser

Una Lección.

Todos los creyentes de la verdad presente deben ver ahora la necesidad de rechazar todo viento de doctrina sin importar cuán plausible o razonable pueda parecer. Recuerde las palabras: "He aquí, los que van hacia la tierra del norte han aquietado Mi Espíritu en la tierra del norte". (Véase la pág. 27 del Tratado No. 2, La Paradoja de la Advertencia, - Zac. 6:1-8.) Obtened vuestra doctrina, Hermano, Hermana, sólo del tazón dorado (véase La Vara del Pastor, Vol. 2), y no seáis como las olas del mar, llevadas por el viento y zarandeadas - no os dejéis llevar por los muchos vientos de doctrina que soplan salvajemente de todas direcciones para haceros perder el camino hacia el reino eterno.

—0-0-0—